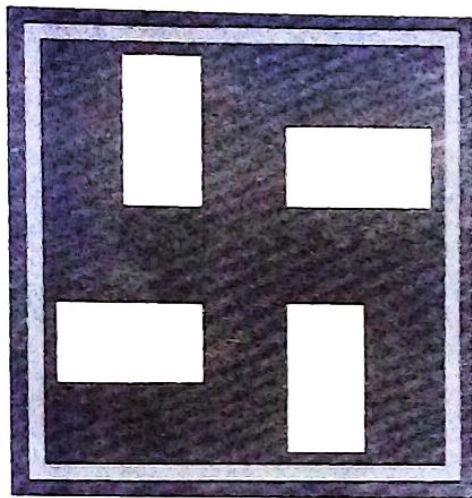
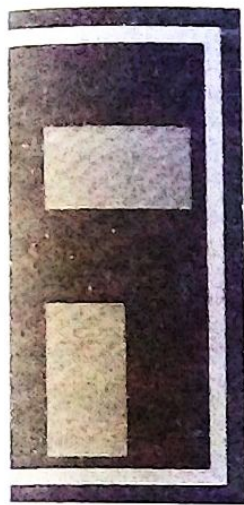


Benjamín, en cuyas coincidencias fatales se encuentran rastros de un destino que él nunca evitó:

## a del destino



que lo llevó al suicidio. iento y la confiscación de sus manuscritos. ¿Cómo llos? se pregunta Arendt, que había hecho del arte s más altas de la escritu- ca era un espacio físico o sólo un lugar de inves- deo y de ocio.

o en pedazos, a riesgo de sí quedaba lo que Benja- urante toda su vida: la luían la pasión obsesiva recisión maniaca por el rasgos intelectuales más No podría exagerarse la ración (la de Benjamín y a sido anticipada varias a 1940, Benjamín sabe de ser para siempre: el z si salva la vida, si cruza ra, si logra ese imposible que no es la suya, en una s. Una biblioteca (bien lo todos los regímenes) es lo

o del sentido común es, nte escandaloso. Su for- isolablemente unida a la imagen ideal. No porque a podía usarse como un no porque la pasión de la e escribió. Citas, cartas, que recorre todo nuestro odo lo que debió abando- sur. Por cierto, también ue Nationale de París, en l banqueano.

ices, a la frontera entre s libros y, según se dice, abado. Ese día, las auto- on la frontera y anuncia-

ron que desconocerían las visas de entrada. fue precisamente ese día, cuando Benjamín llegó exhausto a Port-Bou, recibió la noticia y se mató. Al día siguiente, la frontera volvió a abrirse y dejó paso a los que lo acompañaban. Si esa muerte, la de Benjamín, era históricamente inevitable, si Benjamín no hubiera podido soportar el exilio en Estados Unidos, un lugar salvaje para el europeo refinado que era, de todos modos queda en pie el interrogante sobre el orden de los hechos que preceden y siguen a su muerte. Benjamín llega a Port-Bou a destiempo, como lo señala Hannah Arendt: unas horas antes o unas horas después, las cosas hubieran podido ser de otro modo. Sin embargo, es posible resistirse a creer que todo hubiera podido terminar de manera diferente. En las coincidencias fatales se encuentran rastros de un destino, que Benjamín nunca evitó.

Benjamín no supo jamás administrar su vida ni su trabajo. En la resistencia a normalizar su escritura según las reglas de la cultura académica o del mercado editorial, puede encontrarse una de las claves ideológicas y formales de toda su obra. Desde la perspectiva profesional, las conductas de Benjamín fueron torpes y, cada una de las dificultades que encontró para publicar sus escritos tuvo un anticipo en estrategias desviadas de los fines que decía perseguir. Desmañado e inconstante en la promoción de sí mismo: esto sólo configuraría un estilo intelectual, si no se hubiera tramado, de modo indisoluble, con sus proyectos, con la extensión de sus escritos y con los objetos que abordaba. Quien decía tener el propósito de convertirse en el primer crítico literario alemán y que refunda el género mismo de la crítica, se desviaba permanentemente de los objetos convencionales y producía otros. Benjamín se interesó así por los panoramas, la droga, la fotografía, los juguetes, el coleccionismo, las nuevas tecnologías de reproducción estética y, fundamentalmente, por la ciudad. Hoy es casi imposible decidir si comenzó

a estudiar a Baudelaire para estudiar el París del Segundo Imperio, o si el objeto "París", construido a partir de las galerías, la arquitectura del hierro, las tipologías sociales, fue, desde el comienzo el objeto inabarcable de su obra inconclusa, el Libro de los Pasajes: un complejo artefacto urbano examinado en sus dimensiones materiales y simbólicas: no una ciudad, sino la espacialización del capitalismo y de arte moderno.

Y, precisamente, que esta obra quedara inconclusa es el dato más resplandeciente de la biografía de su autor: Benjamín también la concibió como un texto interminable, cuya atracción residía quizás en su inacabamiento. Como sea, Benjamín no dispuso su vida con la sabiduría administrativa del profesional, sino con la deriva dolorosa de quien se siente siempre en un lugar provisorio y, al mismo tiempo, persigue con tenacidad algunos fines. Esta mezcla hace que sus movimientos sean torpes, según una razón instrumental, y gráciles según una razón moral, pero, sobre todo, que tengan algo de profético: el destino de Alemania y de la persecución nazi parece realizarse con naturalidad sobre este judío, el más refinado de la intelectualidad europea, que nunca se sintió del todo en casa en ninguna parte.

Su muerte en un oscuro paso de frontera, muestra, invirtiendo su famosa "Tesis sobre la Filosofía de la Historia", que todo acto de barbarie puede suponer, de parte de quien lo soporta, un acto de cultura. El suicidio de Benjamín marca el momento en que alguien, que sabe que no ha terminado su obra pero sabe, también, que no se terminará nunca, porque así fue desde el principio, elige morir en Europa, cuando la Alemania nazi imponía o clausuraba esa elección a cientos de miles. Benjamín rescata ante los nazis la dignidad humana de esos "hombres alemanes" cuyas cartas, poco antes, había recopilado para mostrar que Alemania, en su historia, no había producido sólo barbarie.

**Beatriz Sarlo. Buenos Aires 1942, ha publicado: "Escenas de la vida posmoderna", "El imperio de los sentimientos", "Tiempo presente" entre otros. El texto aquí reproducido, fue tomado de: "Siete ensayos sobre Walter Benjamin".**